

y en tribuna como la de «ABC», ponga a tan altos niveles mi «Jauja», es, aún descontada la mucha parte de generosidad y benevolencia que hay en el juicio, la más íntima satisfacción que como literato podría yo tener.

Viene, además, esa alegría pura y confortante en días de incertidumbre y desánimo para el escritor, en esos días melancólicos en que la soledad intelectual, el desencanto de la obra propia, la indiferencia ajena y el silencio hostil, cuando no la agresión desembozada, con que suelen acogerse los libros, agobian la más firme y honda vocación. Estímulos tan nobles y desinteresados como el suyo encienden el brio literario y a la vez la fuerza moral. Gracias, muy de corazón.

Aquí me tiene usted, aislado casi todo el año con mi familia y con mis libros, muy cerca y muy lejos de Madrid, en estos frondosos encinares de Torrelodones, que me recuerdan los «nuestros», los de esa tierra donde están sepultados los huesos de mi padre y las raíces de mi tronco familiar. Yo no nací en Extremadura, pero ahí en Higuera de Vargas está hincado mi apellido, y en Badajoz abrí los ojos a la luz del entendimiento, a las primeras imágenes y a las primeras emociones de la niñez. Desde los cuatro años no cumplidos hasta los trece, que para mí, nada supersticioso, fueron en verdad felices, viví en esa ciudad. Y espero volver más veces y consagrar un libro a mis memorias y evocaciones extremeñas.»

Buena ocasión es el Centenario del nacimiento del gran purista del idioma —que encarnaba el patriotismo y el heroísmo y se consagró a la exaltación de la espiritualidad cristiana— para tratar todos estos aspectos y enaltecer dignamente a quien cultivó con tanto acierto el anchuroso campo de la novela, el ensayo y la lírica, y colocó muy alto las letras extremeñas y españolas con la exposición del más noble pensamiento.

En la Real Academia Española la evocación ha estado a cargo de la relevante personalidad de Guillermo Díaz-Plaja, quien, conforme da fe Santiago Castelo, pronunció un magnífico discurso.

ALCANTARA. Revista de Cultura Extremeña, entiende que es obligado sacar al singular prosista —el novelista más leído de su tiempo en virtud de nota de Julio Cejador— del injusto olvido a que ha estado sometido.

Ayer, era redondo

De niño para mí era todo redondo.
Imaginaba la vida como un frutal maduro
entre amarillo y rojo.
Era el aro, la bicicleta,
el sol, la luna a veces,
la rosquilla de la merienda, el pozo
temido y tentador (¡Niño
que está ahí el pozo!). Era
la cintura del río sobre la huerta,
los meandros del río haciendo sotos
jugando al escondite. Todo redondo,
como el higo sazonado, la sandía
abierta a la sonrisa, la granada
reventando de risa, la campana
loca de vueltas, el gorrión, los bolos,
la zambomba cantando en la matanza
entre botas de vino, todos roncós.
¡Ved cuantas O, todo redondo!
¡Hasta el rabo asado era redondo!
Como todo, cada día era redondo.
(Hasta los ceros en las Matemáticas,
eran invariablemente redondos).
Después, esa redonda faz sobre la tierra
se fue alargando lenta, lentamente.
Parecía como si del románico
me hubieran trasladado al gótico ..
No era frutal el árbol,
y a la sazón, maduro, más amargo.
Era, tan solo árbol, no sé
ciprés o chopo, insólito árbol,
tan solo árbol entre otros
de la densa alameda de estos árboles.
Ramas y ramas, nudos, hojas
pudriéndose de otoño...
Exprimido, reseco, retorciéndose,
—eso sí, ¡con música de fondo!

(En mis plantas, oh divino tesoro,
me ha nacido una hoja de trébol...).

Miguel SERRANO